

A modo de introducción

Dayton Keese

Jeremías¹ fue un hombre de elevada estatura espiritual, a quien no se le conoce por haber hecho cosas pequeñas. En el más extenso libro profético del Antiguo Testamento, declaró la justicia y el juicio de Dios sobre al menos veinte países y ciudades diferentes (Jeremías 25.18–28). Comenzó esta obra siendo joven, y la siguió durante más de cuarenta años lanzando sus duras críticas, a reyes, príncipes, falsos profetas, sacerdotes y gentes de todas las edades, críticas que siempre acompañó con un «así dice Jehová». Este profeta hizo una promesa especial de parte de Dios a un esclavo etíope que hizo amistad con él (39.15–18), pero por otro lado declaró juicio y calamidad sobre el imperio mundial de Babilonia (51.59–64).

Aunque los mensajes de Jeremías fueron objeto de burla por parte de Judá (20.7; 36.21–23), tales mensajes permanecen hasta hoy día como un testimonio que demuestra que fue portavoz de Dios. Su amor por su propio pueblo perdido era tan grande que anheló tener más lágrimas que derramar por su pena (9.1–2). También declaró juicio osadamente sobre falsos profetas (28.15–17; 29.21–23). Rogó por su pueblo hasta que Dios le dijo que no lo hiciera más (7.16; 11.14; 14.11), sin embargo les advirtió con toda franqueza que iban a ser destruidos (9.9–11).

Jeremías no era ni tranquilo ni pasivo. Era un

guerrero enamorado de la justicia. Su corazón vibraba de fe. Su singular mensaje provenía del cielo, y su misión era proclamar juicio sobre los infieles.

A pesar de lo desagradable que fue su mensaje, el profeta también dio a conocer nuevas del Mesías. Habló de un pacto venidero que ofrecía purificación divina y nueva esperanza (23.5–6; 31.31–34). Sus palabras revelaron el eterno amor de Dios (31.1–14).

¡Imagínese la carga emocional que sobrellevó Jeremías y la fortaleza divina que necesitó para vivir una vida así! Estamos a punto de dar inicio a un estudio de una de las más emocionantes aventuras que se encuentran en las Escrituras. J. D. Douglas escribió: «No es exageración decir que para entender lo que el [Antiguo Testamento] quiere decir con el término profeta, es necesario estudiar el libro de Jeremías».²

Jeremías era un sermón en sandalias. James E. Smith se refería a su biografía como «un sermón viviente», y a su libro como una «Mini Biblia». Añadió que «a los santos de todas las edades les han puesto a reflexionar y les han inspirado las obras y palabras de [Jeremías]».³ Il Banowsky dijo:

No hay ningún otro profeta que haya captado de forma tan completa el dolor del hombre y la angustia de Dios. Jeremías entendía el pecado de su pueblo porque había vivido con ellos. Entendía la aflicción de Dios porque había sido partícipe de ella.⁴

¹ Son seis Jeremías más los que se mencionan en el Antiguo Testamento: un benjamita y dos gaditas que se unieron a David en Siclag (1^o Crónicas 12.4, 10, 13); el jefe de una familia de Manasés (1^o Crónicas 5.24); uno que era oriundo de Libna y padre de Hamutal, esposa del rey Josías y madre de Joacaz (2^o Reyes 23.30–31); y el hijo de Habasínias, un recabita (Jeremías 35.3). (John B. Graybill, “Jeremiah” [«Jeremías»], en *Zondervan Pictorial Bible Dictionary*, ed. Merrill C. Tenney [Grand Rapids, Mich.: Zondervan, 1967], 412.)

² J. D. Douglas, *The New Bible Dictionary (Nuevo Diccionario Bíblico)* (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1962), 560.

³ James E. Smith, *The Major Prophets (Los profetas mayores)*, Old Testament Survey Series (Joplin, Mo.: College Press Publishing Co., 1992), 177.

⁴ Bill Banowsky, “Jeremiah” («Jeremías»), *2nd Annual Ft. Worth Christian College Lectureship* (1961): 314.

Jeremías vivió una vida de fe y frustración. Theo. Laetsch la describió de la siguiente manera:

Jeremías era de naturaleza afectuosa y compasiva. Derramaba lágrimas cuando veía la cada vez mayor maldad y el tenaz endurecimiento de su pueblo, cuya salvación deseaba con tanto fervor, o cuando se dio cuenta de que los terribles juicios del justo Dios se estaban acercando cada vez más, y al final los vio derramados como una devastadora inundación sobre la gente y el país. Sin embargo, por la gracia de Dios, llegó a ser una torre de fortaleza, un hombre verdaderamente estimado entre otros hombres, uno de los destacados héroes de Dios. Ni una sola vez echó a llorar en público. Cuando enfrentaba a su pueblo era invariablemente el varón de Dios, el mensajero de la misericordia de Dios, que llamaba al arrepentimiento a la nación que amaba con un amor tan tierno como el de una madre, tan sincero como el de un fiel amigo, acercándose más que un hermano. El amor por su pueblo, no obstante, no alteró su sentido del deber, ni su amor y obediencia para con Dios. Incansablemente declaró los juicios de Dios sobre los impenitentes sin hacer acepción de personas. Como murallas de bronce se mantuvo firme frente a profetas enloquecidos, sacerdotes fanáticos, gentes desesperadas y reyes furiosos. Con calma hizo frente a esta manada de lobos que gruñían, que estaban a punto de matarlo. Ni la difamación, ni la persecución, ni el encarcelamiento, ni las amenazas de muerte impidieron que hablara todo lo que Dios le mandaba. Únicamente estando solo consigo mismo y con su Dios fue que dio expresión a sus sentimientos de angustia, a sus dudas y temores, a sus penas y a la aflicción que le atormentaba...⁵

Jeremías llegó a ser una torre de fortaleza, pero esto no se debió a alguna estructura de apoyo que sus hermanos le construyeran. ¡Se debió a un poder superior del cual él se asió: el poder de la Deidad! Las luchas de Jeremías deberían convertirse en una lección para nunca olvidar. No hay duda de que este profeta hizo frente a más decepciones, presiones y rechazos que cualquiera de nosotros alguna vez experimentará. Fueron cuarenta años de burlas los que enfrentó, y a pesar de esto no dejó de hablar por Dios. R. B. Y. Scott expresó:

Jeremías no era un sauce llorón, sino un roble que, siendo un árbol joven, creció para ser sacudido por las tormentas. Su espíritu sensible estaba dividido entre su amor por su pueblo y su fidelidad a la verdad de Dios. Una

⁵ Theo. Laetsch, *Jeremiah (Jeremías)*, Bible Commentaries (St. Louis, Mo.: Concordia Publishing House, 1965), xi.

fortaleza interna le asistía cuando luchaba con Dios en los momentos más intensos de una religión personal.⁶

¿Qué significado tiene todo lo anterior para nosotros? ¿Cómo podemos aprender de este gigante espiritual de otro tiempo y lugar? ¿Cómo podemos seguir su ejemplo al hacer frente a nuestras propias luchas?

Cuando analicemos su libro, el más autobiográfico que haya escrito alguno de los profetas, encontraremos a alguien que sufrió como nosotros —siendo la única diferencia que él sufrió en mayor medida. Veremos a uno que estuvo solo como nosotros, que observó el deterioro y la desolación que había a su alrededor, como nosotros también la hemos observado —siendo la única diferencia que él la observó en mayor medida. Veremos a uno que fue testigo de los estragos de la guerra y la cautividad bajo fuerzas inicuas como nosotros también los hemos visto —siendo la única diferencia que él los vio en mayor medida. ¿Quién de nosotros podrá andar en medio de tales páginas tan plagadas de peligros, y ver al profeta perseverar, sin experimentar una oleada de ánimo a hacer lo mismo?

Este beneficio que nos proporciona la naturaleza del profeta fue bien resumido por J. Sidlow Baxter:

No conozco a ningún hombre que muestre un corazón más parecido al de Jesús mismo que Jeremías, en su capacidad para sufrir juntamente con Dios y con los hombres, en su mansa paciencia, su anhelante preocupación por sus semejantes, su candoroso motivo, su humildad, su disposición al sacrificio de sí mismo, su absoluta fidelidad, incluso al punto de sufrir despiadada severidad al hacer denuncias. Todos los obreros cristianos que sufren decepción, menosprecio, ingratitud, incompreensión, calumnia y persecución hoy día, que se mantienen pegados a su trabajo, pero cuyo corazón está lleno de pesadumbre como el plomo, y en cuya garganta se les atraviesa la aflicción, deberían apartarse una y otra vez para tener comunión con este gran corazón heroico de estas páginas. De hecho, no podemos estudiar el libro de Jeremías como es debido, sin estudiar a Jeremías mismo; pues el hombre es el libro, en la misma medida que lo son las profecías que declaró.⁷

⁶ R. B. Y. Scott, *The Relevance of the Prophets (La relevancia de los profetas)*, ed. rev. (New York: Macmillan, 1968), 84.

⁷ J. Sidlow Baxter, *Explore the Book (Explore el libro)*, vol. 3, *Poetical Books (Job to Song of Solomon), Isaiah, Jeremiah, Lamentations (Libros poéticos [de Job a Cantar de los Cantares], Isaías, Jeremías, Lamentaciones)* (Grand Rapids, Mich.: Zondervan, 1974), 260.

Laetsch describió al profeta como «una personalidad intensamente humana, un hombre a quien podemos entender y amar, y, sin embargo, una persona dotada de tan misterioso poder de lo alto, que a veces nos sobrecoge lo imponente que es...».⁸ Dijo que Jeremías era «una personalidad tan extraordinaria y poderosa, y a la vez tan adorable, que es inevitable reconocer en él un instrumento especialmente escogido y preparado

⁸ Laetsch, 23.

por el Dios de gracia, fortaleza y sabiduría».⁹

La combinación que se dio en Jeremías de sufrimientos humanos y ayuda celestial debería ayudarnos a vernos a nosotros mismos en algún lugar de su representación de aquellos tiempos y de la verdad de Dios. A medida que Jeremías vaya delante de nosotros por medio de aquellas páginas inspiradas, que cada uno de nosotros se atreva a decir: «Por la gracia de Dios, allí puedo ir».

⁹ *Ibíd.*